

LOPE DE VEGA, FÉLIX (1562-1635)

*EL PEREGRINO EN SU PATRIA*

Serrana hermosa, que de nieve helada  
fueras, como en color, en el efeto,  
si amor no hallara en tu rigor posada;

del sol y de mi vista claro objeto,  
centro del alma que a tu gloria aspira  
y de mi verso altísimo sujeto;

alba dichosa en que mi noche espira,  
divino basilisco, lince hermoso,  
nube de amor, por quien sus rayos tira;

salteadora gentil, monstruo amoroso,  
salamandra de nieve y no de fuego,  
para que viva con mayor reposo:

hoy que a estos montes y a la muerte llego,  
donde vine sin ti, sin alma y vida,  
te escribo de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida  
de quien pudo sufrir mirar tus ojos  
con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos  
desta parte mortal, que a ser la mía,  
faltara en tantas lágrimas y enojos;

que no viviera quien de ti partía,  
ni ausente, agora, a no esforzarle tanto  
las esperanzas de un alegre día.

Aquella noche en su mayor espanto  
consideré la pena del perderte,  
la dura soledad creciendo el llanto,

y llamando mil veces a la muerte,

otras tantas miré que me quitaba  
la dulce gloria de volver a verte.

A la ciudad famosa que dejaba  
la cabeza volví, que desde lejos  
sus muros con sus fuegos me enseñaba,

y dándome en los ojos los reflejos,  
gran tiempo hacia la parte en que vivías  
los tuvo amor suspensos y perplejos;

y como imaginaba que tendrías  
de lágrimas los bellos ojos llenos,  
pensándolas juntar crecí las mías,

mas como los amigos, desto ajenos,  
reparasen en ver que me paraba,  
en el mayor dolor fue el llanto menos.

Ya, pues, que el alma y la ciudad dejaba  
y no se oía del famoso río  
el claro son con que sus muros lava.

«Adiós, dije mil veces, dueño mío,  
hasta que a verme en tu ribera vuelva,  
de quien tan ternamente me desvío.

No suele el ruiseñor en verde selva  
llorar el nido, de uno en otro ramo  
de florido arrayán y madre selva,

con más doliente voz que yo te llamo,  
ausente de mis dulces pajarillos,  
por quien en llanto el corazón derramo,

ni brama, si le quitan sus novillos,  
con más dolor la vaca, atravesando  
los campos de agostados amarillos;

ni con arrullo más lloroso y blando  
la tórtola se queja, prenda mía,  
que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía  
y sin las prendas de tu hermoso pecho,  
todo es llorar desde la noche al día,

que con sólo pensar que está deshecho  
mi nido ausente, me atraviesa el alma,  
dando mil nudos a mi cuello estrecho;

que con dolor de que le dejo en calma  
y el fruto de mi amor goza otro dueño,  
parece que he sembrado ingrata palma».

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño  
en tres veces que el sol me vio tan triste,  
a la aspereza de un lugar pequeño

a quien de murtas y peñascos viste  
Sierra Morena, que se pone en medio  
del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio  
llegaba el fin de mi mortal camino,  
habiendo apenas caminado el medio,

y cuando ya mi pensamiento vino,  
dejando atrás la sierra, a imaginarte,  
creció con el dolor el desatino;

que con pensar que estás de la otra parte,  
me pareció que me quitó la sierra  
la dulce gloria de poder mirarte.

Bajé a los llanos desta humilde tierra  
adonde me prendiste y cautivaste  
y yo fui esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste  
de su florida margen cual solía  
cuando con esos pies su orilla honraste,

ni el agua clara a su pesar subía  
por las sonoras ruedas, ni bajaba  
y en pedazos de plata se rompía,

ni Filomena su dolor contaba,  
ni se enlazaba parra con espino,  
ni yedra por los árboles trepaba,

ni pastor extranjero ni vecino

se coronaba del laurel ingrato,  
que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imagen y retrato  
del lugar que la corte desampara  
del alma de su espléndido aparato.

Yo, como aquél que a contemplar se para  
ruinas tristes de pasadas glorias,  
en agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,  
los asientos, los gustos, los favores,  
que a veces los lugares son historias,

y en más de dos que yo te dije amores  
parece que escuchaba tus respuestas  
y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas  
suele ser tan costoso el desengaño  
y sus veloces alas son tan prestas,

vencido de la fuerza de mi daño  
caí desde (mí) mismo medio muerto  
y conmigo también mi dulce engaño.

Teniendo, pues, mi duro fin por cierto  
las ninfas de las aguas, los pastores  
del soto y los vaqueros del desierto,

cubriéndome de yerbas y de flores  
me lloraban diciendo: «Aquí fenece  
el hombre que mejor trató de amores,

y puesto que Lucinda le merece,  
que su vida consiste en su presencia  
él también con su muerte la engrandece».

Entonces yo, que haciendo resistencia  
estaba con tu luz al dolor mío,  
abrí los ojos que cerró tu ausencia;

luego, desamparando el valle frío  
las ninfas bellas, con sus rubias frentes  
rompieron el cristal del manso río

y en círculos de vidrio transparentes  
las divididas aguas resonaron  
y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores también desampararon  
el muerto vivo y en la tibia arena  
por sombra de quien era me dejaron.

Yo solo, acompañado de mi pena,  
volvite al alma, del dolor quejoso  
que de pensar en ti la tuvo ajena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,  
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,  
del Betis rico al Tajo caudaloso,

éste que miras es retrato suyo,  
que así el esclavo que llorando pierdes  
a tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides o de mí te acuerdes,  
si te olvidare mientras tengo vida,  
marchite amar mis esperanzas verdes;

cosa que al cielo por mi bien le pida  
jamás me cumpla, si otra cosa fuere  
de aquestos ojos donde estás, querida.

En tanto que mi espíritu rigiere  
el cuerpo que tus brazos estimaron,  
nadie los míos ocupar espere;

la memoria que en ellos me dejaron  
es alcaide de aquella fortaleza  
que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza  
y que es de acero el pensamiento mío  
con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío  
con Flora, que te tuvo tan celosa,  
a cuyo fuego respondí con frío.

Pues bien; conoces tú que es Flora hermosa,

y que con serlo sin remedio vive,  
envidiosa de ti, de mí quejosa;

bien sabes que habla bien, que bien escribe,  
y que me solicita y me regala  
por más desprecios que de mí recibe.

Mas yo, que de tu pie, donaire y gala  
estimo más la cinta que desecha  
que todo el oro con que a Creso iguala,

sólo estimo tenerte sin sospecha,  
que no ha nacido agora quien desate  
de tanto amor lazada tan estrecha.

Cuando de yerbas de Tesalia trate  
y discurriendo el monte de la luna  
los espíritus ínfimos maltrate,

no hay fuerza en yerba ni en palabra alguna  
contra mi voluntad que hizo el cielo,  
libre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,  
y yo también, después de larga historia  
con mi fuego de amor vencer tu yelo.

Viva con esto alegre tu memoria,  
que, como amar con celos es infierno,  
amar sin ellos es descanso y gloria,

que yo, sin atender a mi gobierno,  
no he de apartarme de adorarte ausente  
si de ti lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuenta  
del cielo los dorados paralelos  
y de su blanca hermana el rostro aumente,

que los diamantes de sus puros velos,  
que viven fijos en su otava esfera,  
no han de igualarme aunque me maten celos.

No habrá cosa jamás en la ribera  
en que no te contemplan estos ojos  
mientras ausente de los tuyos muera;

en el jazmín tus cándidos despojos,  
en la rosa encarnada tus mejillas,  
tu bella boca en los claveles rojos,

tu olor en las retamas amarillas  
y en maravillas que mis cabras pacen  
contemplaré también tus maravillas:

y cuando aquellos arroyuelos que hacen,  
templados, a mis quejas consonancia,  
desde la sierra donde juntos nacen,

dejando el sol la furia y arrogancia  
de dos tan encendidos animales,  
volviere el año a su primera estancia,

a pesar de sus fuentes naturales,  
del yelo arrebatadas sus corrientes,  
cuelguen por estas peñas sus cristales,

contemplaré tus concertados dientes  
y a veces, en carámbanos mayores,  
los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruiseñores  
y destas yedras y olmos los abrazos,  
nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos,  
donde agora se besan dos palomas,  
por ver mis prendas burlarán mis brazos.

Tú, si mejor tus pensamientos domas,  
en tanto que yo quedo sin sentido,  
dime el remedio de vivir que tomas,

que aunque todas las aguas del olvido  
bebiese yo, por imposible tengo  
que me escapase de tu lazo asido,

donde la vida a más dolor prevengo.  
¡Triste de aquél que por estrellas ama,  
si no soy yo, porque a tus manos vengo!

Donde si espero de mis versos fama,

a ti lo debo, que tú sola puedes  
dar a mi frente de laurel la rama  
donde muriendo vencedora quedas.